

EL BIEN ES LA BELLEZA

Manuel José Quintana, el gran poeta civil de nuestro siglo XIX, hoy tan olvidado, me enseñó que “sin belleza moral no hay poesía”. En sus palabras percibo un eco muy claro de Schiller, el gran poeta civil alemán cuya “Oda a la Alegría” orquestó Beethoven en su novena sinfonía; Schiller es el primer poeta europeo que incorporó en su vida y en su obra el imperativo categórico de Kant: “Obra de manera que tu conducta sirva de ejemplo a los demás”. Maravillosa norma que exige una especie de vigilancia ascética de cada individuo sobre su conducta personal y en todos los órdenes de su actividad, tanto pública como privada; y ello no en espera de una recompensa ultraterrena-la hay: la buena fama, que nos sobrevive-, sino para ser más felices desenvolviéndonos, desarrollándonos, mejorándonos, en una sociedad de la que debemos ser motores morales, impulsores de una marea colectiva que nos lleve en su movimiento a ser más justos, más cultos, más libres y más beneficiosos para nuestro entorno de hoy y para las generaciones futuras. ¿Utopía? El entorno de opresión, de violencia, de terror, de explotación de los más (pobres) por los menos (riquísimos), y todos los males de la sociedad en que nos ha tocado vivir no deben ser impedimento para que cada cual, desde la asunción gustosa de su trabajo y desde un compromiso libre con el bien y la verdad y la belleza, procure luchar por ese apetecible horizonte humano de igualdad y fraternidad. Como poeta siempre he buscado el bien como fondo de mis obras, sean literarias, sean del convivir cotidiano; un fondo que me exige una forma depurada, con una clara conciencia de que el bien y la belleza son inseparables.

Antonio Carvajal